La Dormición de la Virgen en la Catedral de Pamplona

La fiesta que hoy llamamos de la Asunción de la Virgen, como las otras festividades específicamente marianas, es de origen oriental y fué introducida en la iglesia occidental en la segunda mitad del siglo VII, encontrándose en ésta la primera mención de ella en la vida del Papa Sergio (687-701), de origen sirio (1). En dicho texto aparece la fiesta con el nombre latino Dormitio Virginis Mariae y se celebraba, como ahora la Asunción, el 15 de agosto. Este nombre Dormitio «dormición», no es más que la versión literal del nombre griego Koimesis.

Sobre los últimos momentos de la vida terrenal de la Virgen, se había forjado en el siglo V, o tal vez ya en el IV, un relato apócrifo, que aunque se creía repudiado por San Jerónimo, tuvo gran difusión en la iglesia cristiana medieval y. sirvió de base a las representaciones artísticas de este asunto; como tantos otros, pasó a la Leyenda Dorada, aunque Jacobo de Voragine tiene cuidado de advertir que lo toma de un escrito apócrifo atribuido a San Juan Evangelista. No hemos de tratar aquí de averiguar las fuentes inmediatas o remotas del relato de Voragine, ni el grado de antigüedad de estas tradiciones legendarias (2); hemos de limitarnos a reproducir un texto que sirva de

(1) Paul Pedrizet, Le calendrier Parisien a la fin du Moyen Age d'après le bréviaire et les livres d'heures. París, 1933, pág. 201. Karl Künstle, Ikonographie der christliche Kunst, t. 1. Freiburg im Brisgau, 1928, p. 563.

(2) Véase últimamente sobre este asunto el erudito estudio del P. J. M. Bover, La Asunción de María en el «Transitus W» y en Juan de Tesalónica, en Estudios Eclesiásticos, t. 20 (1946) p. 415-433, y la obra allí citada, que no hemos podido consultar, de M. Jugie, La Mort et l'Assomption de la Sainte Vierge. Cittá del Vaticano, 1944. Los tres textos latinos de la leyenda conocidos de antiguo habían sido publicados por Tischendorf, Apocalypses Apocryphae, Leipzig, 1866, p. 95-136, y sen: Tohannis «Líber de Dormitione Sanctae Deiparae y los dos «Transitus Mariae» A y B. Gregorio de Tours incluye un resumen muy breve en su In gloria martyrum, *ed.* Krusch, Monumenta Germaniae Historica SS. RR. Meroving. I, 489.

ilustración a los relieves que vamos a estudiar. Preferimos al de la Leyenda Dorada otro semejante y menos conocido, que publicó Dom Marius Ferotin tomándolo de un códice de Silos (3) y que procuramos traducir con la mayor literalidad para conservar en lo posible el carácter ingenuo del texto latino. Empieza así:

«En aquellos tiempos, como pasase María los días y las noches velando y orando, después de la Ascensión del Señor, llegó a ella un ángel del Señor y le dijo: «María, levántate y recibe la palma que ahora te traigo; porque dentro de tres días has de subir al cielo. Y he aquí que yo enviaré por todos los apóstoles y vendrán para que vean la gloria que vas a recibir». Y le dijo María al ángel: «Te pido, Señor, que me digas tu nombre». Y le dijo a ella el ángel: «¿Por qué preguntas mi nombre que es grande y admirable?».

Como hubiese oído esto María subió al monte Olívete, y su rostro resplandecía como el sol, por el esplendor del ángel, y tenía en la mano la palma que había recibido del ángel. Y María se alegró con gran alegría por la luz. Y viendo los sirvientes que allí había la luz que brillaba en aquel lugar, se llenaban de asombro. En cuanto al ángel que la había visitado, voló al cielo con una gran luz. María volvió a su casa y dejó la palma que había recibido de manos del ángel, con gran cuidado; y se quitó el vestido excelente con que estaba vestida, llena de gozo y regocijo, y lavó con agua todo su cuerpo. Y se vistió una vestidura excelente llena de gozo y regocijo. Y bendiciendo el nombre de Dios, decía: «Bendigo tu nombre, Señor, Dios mío, que eres autor de todas las maravillas, que hiciste el cielo y la tierra y el mar y todas las cosas visibles e invisibles, que enviaste tu Verbo a mi, tu esclava, y tomando carne volvió a Tí y está en tu seno con el Espíritu Santo. Compadécete de tu esclava y protégeme con tu mano, Trinidad santa e inseparable, y no me dañe el enemigo del género humano, ni vea su horrible rostro en aquella hora en que mandes llamar a Tí a mi alma. Líbrame de la mano del príncipe del infierno y de sus ministros, hasta que

(3) D. Marius Ferotin, Le Liber Mozarabicus Sacramentorum et les manuscrita mozarabes. París, 1912, col. 786 y sigs. Una suscripción de copista dá para el códice la fecha de 1039 **(era 1077).**

llegue y adore el escabel de tus pies, Señor». Así se lo prometió, diciendo: «No estés triste, María».

Y cuando hubo dicho esto, envió a llamar a todos sus allegados y les dijo: «Oídme, todos, y creed lo que os digo: mañana saldré del cuerpo e iré a mi Señor, que me ha creado de la nada y me ha iluminado. Por tanto os ruego a vosotros, que unánimemente veléis conmigo hasta aquella hora, en la que he de abandonar el cuerpo. Y como está escrito que cuando el alma abandona el cuerpo humano le salen al encuentro dos ángeles, uno de justicia y otro de iniquidad, y si el ángel bueno encuentra en aquel hombre buenas obras, alegre y regocijándose con alegría lleva el ángel santo el alma al lugar de los santos. Y entonces, llorando, se retira el ángel de iniquidad, porque no pudo engañar al alma justa. Pero si el ángel de iniquidad y malo encontrara alguna de sus obras en el alma del hombre, entonces alegrándose y tomando consigo a otros ángeles de maldad, alegrándose y regocijándose, llevan esa alma al lugar de las penas. Y el ángel de justicia, triste, se retira».

Y le dijeron todos a María: «¿ Por qué te contristas, si eres bienaventurada entre todos y has sido exaltada sobre toda la tierra, ya que eres madre del Señor? ¿Qué será de nosotros, cuando tu te entristeces, tu que eres Señora de todo el mundo?». Y empezaron todos a llorar. María les dijo entonces: «No lloréis, sino exaltad conmigo al Señor».

Y como empezasen a dar gracias a Dios y a bendecir el nombre del Señor, de repente llegó San Juan el apóstol y llamó a la puerta de la casa y entró. Pero cuando llegó, María se conturbó y suspirando no pudo retener las lágrimas. Y exclamó con una gran voz diciendo: «Padre Juan, recuerda las palabras de mi Señor, tu Maestro, con las que me encomendó a tí el día que nos dejó, sufriendo por la salvación del mundo». Y le dijo a ella Juan: «¿Qué quieres que te haga?» Y le contestó María, diciendo: «No quiero otra cosa sino que guardes mi cuerpo y lo coloques en el sepulcro, porque mañana he de abandonarlo. Y he oído yo misma a los judíos: «Cuando muera, echaremos su cuerpo al fuego y allí lo consumiremos». Al oir Juan que María había de abandonar su cuerpo, lloró amarguísimamente, diciendo: «Oh Señor, bendito el nombre de tu gloria. ¿Porqué nos muestras tantas tribulaciones?».

Entonces, María hizo entrar a San Juan en su alcoba y le enseñó la palma de luz, que había recibido del ángel que se le había aparecido y le había predicho su Asunción. Y le dijo: «Padre Juan, te ruego que tomes esta palma y hagas que vaya delante de mi lecho hasta la sepultura cuando yo haya subido al cielo». Y le dijo San Juan: «Yo no puedo hacer eso solo, sin mis hermanos». Y le dijo María: «Hoy todos los apóstoles estarán aquí porque así me dijo el ángel: «Reuniré a todos los apóstoles para que vean la honra de tu cuerpo por el poder de mi Señor».

Y como hubiese dicho esto María, saliendo ellos de la alcoba, de repente se produjo un gran trueno, que hizo temblar todo aquel lugar y a todos los que allí estaban, tanto hombres como mujeres. Y así, súbitamente, todos los apóstoles arrebatados en nubes, fueron depositados a la puerta de María. Y viéndose unos a otros, empezaron a saludarse, diciendo: «Te damos gracias a tí, Señor, que hoy nos hiciste vernos reunidos. Como dice el profeta: «He aquí cuan bueno y agradable es vivir juncos los hermanos. Ahora, hermanos, roguemos al Señor para que nos haga saber el motivo por el que nos hizo hoy reunimos aquí». Y dijo el apóstol Pedro: «Hermano Pablo, levántate y ora el primero, porque mi alma se ha alegrado mucho viéndote hoy». Y dijo el apóstol Pablo: «¿Cómo podré orar yo el primero, siendo tú una columna de luz y todos los apóstoles mejores que yo, que fuí perseguidor de la iglesia de Dios?».

Entonces todos los apóstoles se admiraron de su humildad; y así Pedro, puesto de rodillas y levantando las manos abiertas a los cielos, oró al Señor, diciendo: «Dios omnipotente, que te asientas sobre el Querubín y contemplas los profundos abismos: a quien sirven los ángeles y ios arcángeles, que dispones y ordenas todas las cosas a tu arbitrio en el cielo y en la tierra, a tí levantamos nuestros ojos. Muéstranos tus misterios secretos y ocultos. Tú eres, Señor, nuestra protección, Dios de Abraham, Dios de Jacob, que por tu Verbo, Nuestro Señor Jesucristo tu Hijo creaste todas las cosas visibles e invisibles: muéstranos tus secretos misterios, tú que vives y eres glorificado en unidad con el Padre y con el Espíritu Santo por siempre por los siglos infinitos de los siglos. Amén».

Entonces el bienaventurado Juan apóstol salió de la casa de María al encuentro de todos y dijo: «Bendecidme, hermanos».

Y dijeron Pedro y Andrés a Juan: «El Señor te bendiga. Cuéntanos como llegaste aquí y de qué manera». Juan les dijo: «Oídme lo que me sucedió. Ocurrió que estando en la ciudad de los Efesios, alrededor de la hora nona, de repente vino el Espíritu en una nube y me arrebató: y lo vieron todos los que allí estaban. Y me trajo aquí, a la puerta de la casa. Y cuando entré, encontré a gente reunida con Nuestra Señora María, hablando y comentando sobre su Asunción. Y yo oyendo eso lloré. Ahora bien, hermanos: Cuando mañana se ausente su alma, no lloréis delante de todos, para que no se turbe el pueblo, que así lo mandó el Señor cuando yo estaba en la Cena, reclinado sobre su pecho. Y os advierto que no os vean llorando las gentes que estén alrededor y empiecen a dudar, diciendo en sus corazones: ¿Qué es esto? ¿Temen siendo apóstoles de Dios y predican a los otros la resurrección? Sino que nos confortemos todos más, según la santa promesa de que todos los que creen pueden tener los ánimos firmes en la fe y no dudosos».

Cuando Juan hubo dicho esto, todos ellos entraron en la casa de María y saludándola, dijeron: Dios te salve María, el Señor es contigo. Y la paz con vosotros hermanos. Después de que se hubieron saludado, dijo María: «Os ruego que me contéis quién os anunció mi tránsito, o cómo vinisteis aquí hoy todos a la vez». Entonces los apóstoles le contaron cada uno de sus lugares, donde predicaban y cómo fueron arrebatados por el espíritu divino, y cómo, llegando cada uno en la nube a la puerta, se habían saludado al verse. Entonces María se alegró en su espíritu, y dijo: «Porque no me defraudaste de tu promesa, e hiciste venir a mi ruego a todos los apóstoles para enterrarme, bendigo tu santo nombre, que es admirable por los siglos de los siglos. Amén».

Y después de esto, llamó María a los apóstoles y los llevó a su alcoba y les mostró los vestidos de su sepultura y la palma angélica. Y les manifestó cómo el ángel había hablado con ella de su asunción. Y cuando fué el día tercero, en el que había de ausentarse del cuerpo, dijo San Pedro apóstol a todos los que creían: «Hermanos que os habéis reunido aquí, velad con nosotros. Tengamos lámparas encendidas y vigilemos en espíritu y cuerpo. Y cuando llegue el Señor nos encuentre vigilantes y nos ilumine con la gracia del Espíritu Santo. No sospechéis que

esta llamada de Santa María sea la muerte. No es ella muerte sino la vida eterna. Porque la muerte de los justos es preciosa ante Dios y una gran gloria».

Y como dijese esto Pedro, súbitamente, una gran luz resplandeció en aquella casa, de tal modo que nadie podía mirar en el resplandor de aquella luz. Y se oyó una voz que decía: «Pedro, he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos». Y Pedro levantó su voz y dijo: «Te bendecimos, oh Señor, que eres el timón de nuestras almas, y te pedimos que no te apartes de nosotros. Te bendecimos, iluminador Señor Jesús». Y como Pedro hubiese dicho esto, todas las vírgenes que había allí, levantándose cayeron a los pies de San Pedro y dijeron: «Te rogamos, Señor, que ores por nosotros al Señor para que seamos halladas dignas en la presencia de Cristo». Y así San Pedro levantó la mano y las bendijo. Y les dijo: «Levantáos y oíd el camino de vuestra gloria. No creáis que la voz que oísteis habló sólo para mí. La habéis oído para que podáis saber lo que debéis observar hasta la consumación del siglo. Porque sólo si guardáis la virginidad de vuestro cuerpo y ponéis custodia a vuestra lengua, tendréis la vida eterna, según está escrito: Si alguien cree que puede ser religioso sin refrenar su lengua sino seduciendo su corazón, es vana su religión. Pues Nuestro Señor y Redentor habló en el Evangelio diciendo: «El Reino es semejante a diez vírgenes fatuas y prudentes. Las prudentes, habiendo recibido el aceite en sus vasos, salieron con sus lámparas al encuentro del esposo y de la esposa y entraron a las bodas. Para que se mantenga el nombre de la virginidad debéis guardarlo de todo mal; no hagáis a otro lo que no queráis que os hagan y guardad vuestra lengua que quema toda la rueda de vuestro nacimiento (!). Pues es glorioso el nacimiento de una virgen ante Dios, si posee la pureza de la inocencia. Y la virgen no debe estar solícita de otra cosa más que de vigilias y oraciones, para que vigilando pueda salir al encuentro del Señor. Pues cuando llegue el día en que nos llamen a cada uno de nosotros para que salga del cuerpo, los que sean dignos serán llevados allí donde están los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, para que se alegren con ellos. Pero si el hombre en sus pecados muriese sin penitencia, en seguida le llevan los ángeles malos al lugar de las penas. Pues en cuanto el alma sale del cuerpo, es llevada

al Señor y después cada una es colocada según sus actos. Si es buena en el seno de Abraham, si fuese pecadora llevada al lugar de tormentos». Diciendo esto el apóstol Pedro, todos los creyentes se confirmaban en la fe de Cristo.

Levantándose, María salió fuera. Y oraba al Señor, diciendo: «Señor Dios mío, que formaste al hombre del barro de la tierra y como hubiese prevaricado, colocaste la muerte sobre él, como dice el profeta: ¿Qué hombre hay que viva y no vea la muerte? Mira a mí, tu esclava, y recibe mi alma en paz y líbrala del enemigo, de la tortuosa serpiente, y colócala con los santos patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, Tú que vives con Dios Padre y reinas con el Espíritu Santo por los siglos infinitos de los siglos».

Y terminada ia oración, volvió a su alcoba y se acostó (...). En la noche del tercer día se produjo un trueno y un oior de suavidad llenó la habitación y el lecho donde estaba Santa María en esplendor y oior. Todos se durmieron con un gran sopor, excepto los apóstoles y tres vírgenes que vigilaban y esperaban orando la Asunción de Santa María. Y los demás todos durmieron.'De repente llegó Jesús en una nube con multitud de ángeles vestidos con blancas vestiduras. Y entraron en la casa y encontraron a todos los apóstoles junto al lecho de Santa María. Y Gabriel cantaba dulcemente un himno, Alleluia. María dijo: «Bendigo tu nombre, Señor, porque me concediste lo que me habías prometido». Y daba gracias. Y mientras hablaba, Dios recibió su alma y la entregó al ángel Miguel. Y la propia alma era a semejanza de un hombre y blanca como la nieve, la resina o el cristal. Y viéndolo los apóstoles se admiraban y lo misino las tres vírgenes que velaban. Pedro interrogó al Señor, diciendo: «Señor, ¿quién de entre nosotros tiene el alma blanca y alba como María? Y le dijo el Señor: «Tales son las almas de todos los elegidos que creen en mí, y están bautizados. Y las almas de los que no creen son negras porque son criaturas cuando tienen las almas blancas (!). En el cuerpo las almas de todos son negras, por los delitos y pecados y cuando reciben el bautismo, brilla la propia alma y resplandece con la luz de su naturaleza. Pero cuando empieza el alma aquella a mancharse, se mancha y se vueive negra, porque ama las tinieblas más que la luz. Pues quien quiera bautizado que se guarde de todo pecado tiene su alma tan

blanca como la que visteis». Y de nuevo dijo a Pedro: «Obrad con diligencia, como hermanos y llevad el cuerpo de María, y saliendo de la ciudad por la parte derecha, encontraréis un sepulcro nuevo, en el que la enterraréis. Y custodiad el sepulcro hasta que veáis cosas admirables».

Y como hubiese dicho esto el Señor, exclamó el cuerpo de María: «¡Recuerda, Rey de Israel, que soy obra de tus manos!» Y dijo el Señor al cuerpo: «¡No te abandonaré, perla mía no te abandonaré! Porque eres el templo del Espíritu Santo y has sido encontrada fiel y conservaste lo que te fué encomendado». Y diciendo esto, el Señor subió al cielo. Pedro y los discípulos mandaron a las tres vírgenes que velasen y lavasen el cuerpo de María. Y quemaron aromas y perfumes y la vistieron con vestiduras blancas y la colocaron en su lecho.

Entonces, todos aquellos que habían sido oprimidos por el sueño, se despertaron y reconociendo lo que habían sufrido, vieron el cuerpo de María colocado en el lecho. Pedro llevó la palma que el ángel habia dado en mano a María y le dijo al apóstol Juan: «Tu eres virgen. Tu debes ir con esta palma delante del lecho y cantar los laudes». Contestó Juan: «Tu eres Pedro y nos precedes en el apostolado. Tu debes ir delante y llevar esta palma en tu mano hasta el lugar de la sepultura».

Y así todos los apóstoles llevaban el lecho con el cuerpo. Pedro levantando la voz empezó a cantar laudes, diciendo: «In exitu Israhel de Egypto», con Alleluia. El Señor cubrió con una nube el lecho y los apóstoles. Y desde la nube los ángeles cantaban laudes desde lo alto y nadie los veía y sólo se oían voces como de muchas gentes. Y toda la ciudad se turbó. Y como lo oyesen sacerdotes de los judíos, dijeron ¿qué es esto? Y contestándoles la turba dijo: «María sale del cuerpo y un ejército de ángeles canta laudes». Viendo pues los príncipes la turba de gentes que seguía a los apóstoles, enseguida, habiendo entrado en ellos los demonios, empezaron entre sí a decirse unos a otros: «¡Vayamos y matemos a los apóstoles y quememos con fuego el cuerpo de María, que llevó a aquel seductor!» Y levantándose salieron con espadas y palos para matar a los apóstoles del Señor. Y como se acercasen a ellos, los ángeles que estaban también en la nube hirieron de ceguera a todos los que estaban con los príncipes. Llegaron a la ciudad y palpando las paredes no

veían nada. Uno de ellos que era príncipe de los sacerdotes llamado Simón, se acercó a los apóstoles y al lecho. Y lleno de furor, dando un empujón, empezó a llorar diciendo: «¡He aquí el tabernáculo que nos exterminó a nosotros y a toda nuestra estirpe!» Y levantando la mano para coger la palma que precedía al lecho, en cuanto tocó a éste, inmediatamente sus manos se secaron y los brazos cortados por el codo se pegaron al lecho que cogía. La otra parte colgaba. Y exclamó con lágrimas diciendo: «Os adjuro a vosotros, apóstoles, por Dios vivo no me despreciéis. Y a tí, apóstol Pedro, te ruego que te acuerdes del servicio que te hizo mi padre, cuando la esclava portera te preguntó, y tu decías: «No conozco a ese hombre». Y mi padre te excusó para que no te prendieran con él. Y yo te ruego que no me desprecies». Entonces Pedro le dijo: «No tengo poder para prestarte auxilio; sólo si creyeras en Cristo de todo corazón y confesases que es el verdadero Hijo de Dios, a quien habéis perseguido, él puede librarte de lo que te ha ocurrido y en el futuro recibirás la vida eterna». Dijo pues Simón: «Nosotros creemos que Jesús es el Mesías, que es verdadero hijo de Dios vivo, según lo proclama toda nuestra ley; pero los príncipes nuestros, tapándose los oídos, no lo quieren aceptar y nosotros no podemos resistirles. Pero todos sabemos y creemos que él es el Mesías. Vosotros ahora no volváis mal por mal. Así Dios me castiga por vosotros como en verdad creo que por vosotros me vendrá a mí que viva y predique sus grandezas entre su pueblo». Entonces Pedro mandó dejar en tierra el lecho y le dijo: «Si crees de todo corazón que Jesús es el Hijo de Dios vivo, acércate y besa el lecho y dí: Creo que este cuerpo es el habitáculo de Espíritu Santo y creo en Aquel que llevó. Y entonces el príncipe de los sacerdotes dijo en lengua hebrea: «Sé y creo que María es el templo de Dios. Porque dice la Escritura: La Sabiduría de Dios se edificó una casa. Y daba testimonio de los libros de Moisés hasta el punto que los propios apóstoles se admiraban de lo que él decía». Entonces Pedro le dijo: «Unete a tus manos y dí: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo creo que se restaurarán mis manos». Y como hiciese esto, enseguida se le devolvieron sus manos. Y cuando esto hubo sucedido, dijo Pedro de nuevo: «Recibe esta palma y entra en la ciudad. Encontrarás al pueblo de los judíos que ha sido atacado de ceguera y le hablarás y dirás: Todo el

que crea en el Señor Jesús que es Hijo de Dios vivo, se le abrirán los ojos. Y al que confiese ponle esta palma sobre los ojos e inmediatamente recobrará la vista. Y el que no crea no verá la luz en los siglos de los siglos».

Y aquel príncipe de los sacerdotes de los judíos se marchó, e hizo según la palabra de los apóstoles. Y cuando entró en la ciudad, encontró a la gente atacada de ceguera, llorando y diciendo: «¡Ay de nosotros! que según sucedió en Sodoma así nos sucederá. Porque ellos se vieron primero heridos y después el fuego del cielo los consumió. ¡ Ay de nosotros! porque también nosotros estamos llenos de maldad y moriremos en nuestro pecado». Diciendo ellos estas cosas y llorando, el príncipe de los sacerdotes, que los apóstoles habían mandado con la palma, les habló y les expuso lo que había padecido y como por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo había sanado. Y les dijo que todo el que creyera en el y le confesara, también vería la luz al momento y el que no creyera estaría en tinieblas hasta la eternidad. Cuando ellos vieron que el príncipe de los sacerdotes decía tales cosas, muchos creyeron y fueron sanos.

Los apóstoles llevando a María, llegaron al lugar que les había dicho Jesús y encontraron un sepulcro nuevo y la enterraron en él y se sentaron delante de la puerta del sepulcro, según se les había mandado. Y hablando entre sí, de repente llegó el Señor Jesús y se les apareció a los discípulos con una multitud de ángeles. Y les dijo: «La paz con vosotros». Y ellos respondieron: «Amén». Y le mandó el Señor al arcángel Miguel que recibiese el cuerpo de María en las nubes. Y cuando lo hubo recibido, dijo el Señor a los discípulos: «¡Acercáos!» Y cuando se acercaron ai Señor Jesús los discípulos, también ellos fueron envueltos por las nubes. Y cuando veían al cuerpo de María yendo con los ángeles al cielo, vieron el alma de María que entraba en su cuerpo. Y mandó el Señor a las nubes en las que estaban los apóstoles, que fueran al paraíso de Dios. Y les mostró el árbol de la vida que está en el paraíso de delicias».

Prescindiendo de la supuesta representación de la Asunción en el sarcófago de Zaragoza del siglo IV, en el que Wilpert reconoce únicamente a la difunta encomendada a dos santos y aco-

gida por la mano divina, como ilustración de la fórmula receptus ad Deum, u otra semejante (4), el tipo iconográfico más antiguo del «transitus» o «assumptio» se habría formado en Egipto, y en él aparece María como orante, respondiendo a la representación del alma en el arte antiguo egipcio; este tipo está representado en una serie de velos coptos conservados hasta hoy, en tanto que menciones de otros velos semejantes se encuentran en el Liber Pontificalis, en textos del tránsito de los siglos VII al VIII, época a la que pertenecen los dos ejemplos más antiguos que pueden señalarse con seguridad de esta representación, en una cruz esmaltada y un velo de Sens (5).

En el arte bizantino se había resumido el tema en una representación única, que como la fiesta llevaba el nombre de la koimesis. Representaba efectivamente la Dormición de María. Aparece extendida en el lecho mortuorio, rodeada por los apóstoles, que la lloran, en tanto que detrás y hacia el centro del lecho se ve a Jesucristo teniendo en sus brazos el almita de su madre (6). A veces esta representación se funde con la del ataque de los judíos al cortejo fúnebre y su castigo, viéndose a Jefonías, como suelen llamarle los textos, con las manos pegadas al féretro mientras un ángel se las corta con una espada (7).

En el arte occidental se empieza por copiar la fórmula bizantina, conocida a través de las representaciones de los marfiles; pero ya a finales del siglo X o en los comienzos del XI, la escuela de miniaturistas de Reichenau elabora un nuevo tipo que es ya propiamente una representación de la Asunción: la subida

(4) Giussepe Wilpert, I sarcofagi cristiani antichi, Roma, 1932, t. II, testo, p. 337, tavola ccxxix, 8.

(5) Resumimos aquí los resultados a que llega V. Vatasianu, La «Dormitio Virginis». Indagini iconografiche, en Ephemeris Dacorromana. Anuario della Scuola Romana in Roma t. 6 (1935) p. 1-49, según la nota bibliográfica de la Rivista di Archeologia Cristiana t, 12 (1935) p. 209.

(6) Según Vatasianu op. **cit.,** esta representación habría sido creada en Alejandría y estaría también fuertemente influida por tipos iconográficos del antiguo arte funerario egipcio.

(7) Este tema se introduce en el arte bizantino en el siglo XIV. Cf. la **Addition** de Gabriel Millet en Revue Archéologique 4.ª serie t. 20 (1912, 2) p. 339, al estudio de S. Remach, Les obséques de la Vierge, peinture catalane de la collection Sulzbach, rev. cit. p. 334-339.

al cielo en cuerpo y alma de la Virgen llevada por los ángeles. En una placa de marfil atribuida a Tutilo de Saint Gall, aparece la Virgen representada como una orante, entre cuatro ángeles con el letrero «Ascensio sce Marie» (8). Sin embargo esta fórmula no prosperó tanto, de momento, en el arte occidental como las representaciones de la Dormición de María, que se generalizaron en el arte monumental y en las artes menores desde el final del románico, uniéndosele después la Coronación, en la que la Virgen aparece sentada como reina en un trono a la derecha de su Hijo, que la bendice mientras un ángel le coloca la corona sobre la cabeza y otras veces es él mismo quien hace el gesto de la coronación. En el siglo XIII y en el XIV puede decirse que todas las catedrales francesas dedicadas a la Virgen tienen algún relieve en que se representa la Muerte, la Asunción o la Coronación de María; a veces la misma escena se repite varias veces en el mismo monumento (9). En España, sin pretender en modo alguno que nuestra enumeración sea exahustiva, vemos diferentes episodios en las catedrales de León, Ciudad Rodrigo. Vitoria y Toledo, como en las iglesias de Toro. Laguardia (Álava) y Deva (Guipúzcoa). Sin embargo, tanto en las iglesias francesas como en las españolas que hemos nombrado, nunca se ven representados en su conjunto los temas icorográficos que los artistas medievales habían extraído del relato legendario. La fórmula que se impone en los tímpanos de varias catedrales francesas resume el desarrollo del tema en sus dos momentos culminantes: la Muerte y la Coronación: el primero a veces desdoblado en dos, el Entierro y la Resurrección. En las vidrieras como en los marfiles se encuentran conjuntos con más episodios, especialmente el de la Asunción propiamente dicha, en el que la Virgen aparece dentro de una aureola de luz, llevada por los ángeles, y el intento de perturbar su entierro por parte de los judíos. Con todo no creemos que nunca haya adquirido el tema un desarrollo tan amplio como el que le dió un artista anónimo del tránsito del primero al segundo tercio del siglo XIV, en la llamada Puerta Preciosa del claustro de la Ca-

(8) K. Künstle, Ikonographie, t. I, p. 566, fig. 317 y p. 570.

(9) Emile Mâle, L'art religieux du XIIIe siécle en France, 7a. ed. París 1931, página 250 y siguientes.

tedral de Pamplona (10). La historia se desarrolla aquí en doce episodios distintos, empezando por el extremo izquierdo del registro inferior del tímpano: el texto seguido no fué el clásico de la Leyenda Dorada, ni tampoco el que hemos traducido más arriba, de modo que como veremos, algún episodio queda sin explicación absolutamente satisfactoria. Veamos las escenas representadas:

1) Un ángel se aparece a María para anunciarle la proximidad de su tránsito y ofrecerle la palma del Paraíso que deberán llevar en su entierro.

(Las dos figuras tienen rotas las manos, habiendo desaparecido también la palma, de la que se ve un resto en el fondo del relieve).

2) La Virgen participa su próximo tránsito a sus allegados. Este episodio al que no se alude en la Leyenda Dorada se encuentra en cambio en el texto silense que hemos traducido.

(La figura de la Virgen tiene rota la mano izquierda en la que llevaba la palma de la que se ven todavía el arranque superior adherido al pilar que enmarca la escena por la derecha).

3) San Juan llega en una nube a presencia de la Virgen. Esta aparece sentada en un escaño y sostiene con la mano derecha un libro apoyado sobre la rodilla. San Juan arrodillado está todavía envuelto en la nube que lo ha trasportado. Este mismo tema de la llegada de San Juan, anterior a la de los demás apóstoles lo vemos también en un tríptico gótico de marfil (Koechlin n.º 210). En otros casos como en los deliciosos relieves de la Puerta de los Leones de la Catedral de Toledo, San Juan abre la puerta de la casa de María a los demás apóstoles.

(Falta la mano izquierda de la Virgen y las dos de San Juan).

4) La Virgen conduce a San Juan a su cámara y le enseña su túnica y manto que están allí colgados. No hemos encontrado texto que pueda aplicarse a esta escena. En el códice de Silos

(10) Se han ocupado de esta puerta otros Brutails. La cathédrale de Pampelune, en Congrés archéologique de la France LVe session. París Caen, 1889, p. 292-320. E. Serrano Fatigati, Los claustros de Pamplona, Boletín de la Sociedad Española de Excursiones t. 9 (1901) p. 169 (con una interpretación de la iconografía absolutamente equivocarla). Bertaux, en la Histoire de l'art dirigida por André Michel t, II 2a. parte, París 1906, p. 657, y últimamente Hannshubert Mahn, Kathedralplastik in Spanien. Die monumentale Figuralskulptur in (Alt-) Kastiiien, Leon und Navarra zwischen 1230 und 1380, Reutlingen, (1935?), p. 53; fig. 157, 165 y 166.

lo que le enseña es la palma. A título de curiosidad mencionaremos que Sor María de /greda en su Mística ciudad de Dios, en la que por otra parte se muestra bien poco respetuosa con la tradición medieval, alude a las dos túnicas y mantos que María deja en su testamento a San Juan y que después éste pide autorización a los demás apóstoles para darlos a unas mujeres pobres (11).

5) San Juan recibe a dos apóstoles que llegan en una nube. Mantiene un rótulo desarrollado con ambas manos y uno de los apóstoles señala en él con el índice derecho.

6) Ocho apóstoles, que llegan en una nube.

7) La Virgen, sentada, conversa con los apóstoles.

8) María, en pie, parece llevar a los apóstoles hacia su cámara.

9) La Virgen llevando la palma, entrega su túnica (?) a tres mujeres, una de ellas con un bastón, que se adelantan a su encuentro. Detrás, sentada en un escaño y bajo un dosel, hay una figura juvenil de perfil (San Juan?) con la mano izquierda levantada y sosteniendo el antebrazo con la mano derecha. No hemos encontrado una explicación segura para esta escena. En el tríptico de márfil a que ya aludimos, San Juan le enseña la palma a tres compañeras de la Virgen. Koechlin (12) advierte que aunque la Leyenda Dorada no alude a la presencia de las tres mujeres en esta escena, sin embargo es mencionada en una Vita beatae Virginis Mariae et Salvatoris rhytmica editada por Voegtlin. Las tres mujeres son sin duda las tres vírgenes que amortajan el cuerpo de María y es probable que aquí se represente como la Virgen les entrega las vestiduras con las que desea ser amortajada.

10) La Virgen entrega la palma a San Juan, delante de los demás apóstoles.

11) Fundidos en una sola escena aparecen el Entierro de la Virgen y el intento de profanación de su cuerpo por parte de los judíos. María con las manos cruzadas está extendida en el lecho mortuorio, detrás del cual se aprietan los apóstoles que

(11) Mystica ciudad de Dios... Historia divina y Vida de la Virgen... manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora a su Esclava Sor María de Jesús. Tercera parte. Libro Octavo. Madrid 1742, p. 420 y 448.

(12) Raymond Koechlin, Les ivoires gothiques français, t. II, París 1924, p. 89.

tienen en medio a San Juan con la palma. A la derecha, el sacerdote judío toca al lecho y detrás se ven tres soldados con curiosas armaduras de platas. Un ángel, que aparece en lo alto hunde su espada, sin duda por una mala inteligencia del artista, en el hombro de uno de los apóstoles.

12) La Coronación de la Virgen. La fórmula seguida aquí es la que según Male (13) se inaugura en la Porte Rouge de Notre Dame de París. Cristo bendice a su Madre, mientras un ángel le coloca la corona en la cabeza.

Sin embargo, en la profusión de escenas y episodios representados en las esculturas de la Puerta Preciosa falta el momento culminante del drama, aquel en que Cristo baja a recoger el alma de su Madre: la imagen clásica de la Dormición o Koimesis. Es posible que ello se deba a que esta escena estaba ya representada en otra puerta del mismo claustro, en la que da acceso a la iglesia (14). En ella, como en la célebre puerta de la catedral de Estrasburgo, la Dormición llena todo el tímpano; pero aquí la composición es mucho más agitada y violenta, más apretadas y revueltas las figuras, animadas por un soplo violento de barroquismo gótico.

María extendida sobre el lecho fúnebre, ocupa el centro no exacto del conjunto. A la izquierda, en el espacio más reducido, se agolpan unos ángeles con cirio e incensario; a la derecha, trece apóstoles, en cuatro filas, hacen el planto. Dos de ellos (San Pedro y San Pablo?) aparecen por segunda vez inclinándose sobre el lecho para envolver a la Virgen en el sudario, a lo que les ayuda uno de los ángeles. Detrás, en mayor tamaño, se inclina también Cristo levantando con las dos manos el alma de María en forma de una pequeña figurita sentada que junta sus manos en oración. Otros ángeles acuden de lo alto con velos y uno de ellos con una palma.

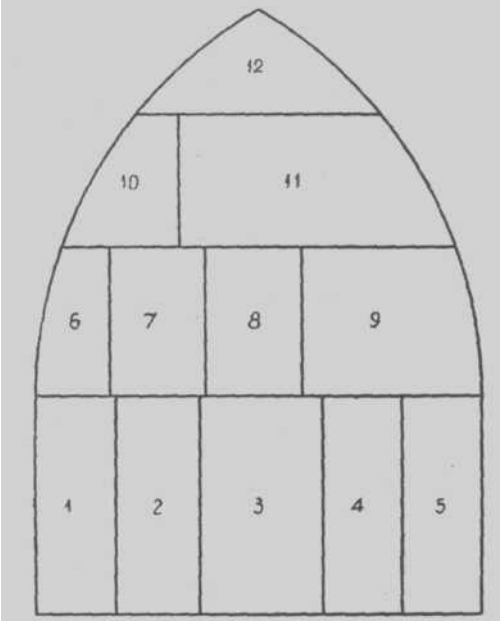
El artista de Pamplona se ha ceñido al texto legendario más fielmente que los artistas bizantinos del mosáico de la Martorana y el autor del tímpano de Estrasburgo. El ha representado efectivamente a Cristo rodeado de «la multitud de ángeles

(13) Mâle, op. cit, pág. 257.

(14) Adoptamos sobre la fecha de esta puerta la opinión de Mahn, que la cree de los comienzos del siglo XIV, frente a la de Bertaux que la retrasa en un siglo. Véase la misma bibliografía citada en la nota 10. Toda la embrollada cuestión cronológica de la escultura de Pamplona requiere nueva consideración y estudio.

vestidos de blancas vestiduras» de que habla el texto silense. No ha podido por tanto distribuir a los apóstoles a uno y otro extremo del lecho y los ha agrupado todos, sin gran fortuna, a los pies, contribuyendo a crear una cierta confusión la repetición de las figuras de los dos apóstoles principales, que figuran a la vez en el «planto» y envolviendo el cuerpo en el sudario. Con todas sus diferencias de sensibilidad y de calidad artística estamos aquí, sin embargo mucho más cerca de Estrasburgo que de ninguna de las otras catedrales francesas en que se ha representado la escena.

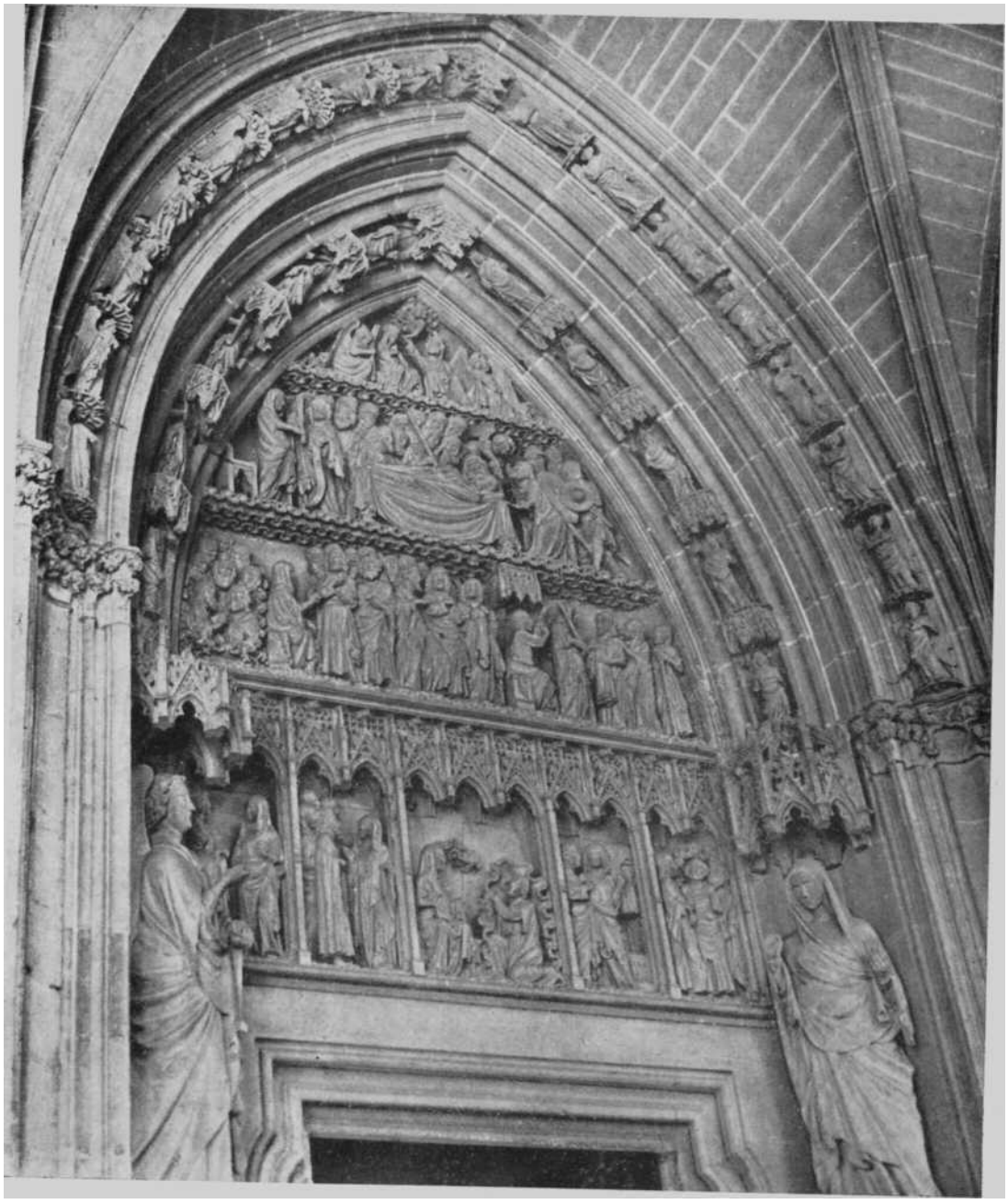
LUIS VAZQUEZ DE PARGA



PUERTA PRECIOSA -PAMPLONA

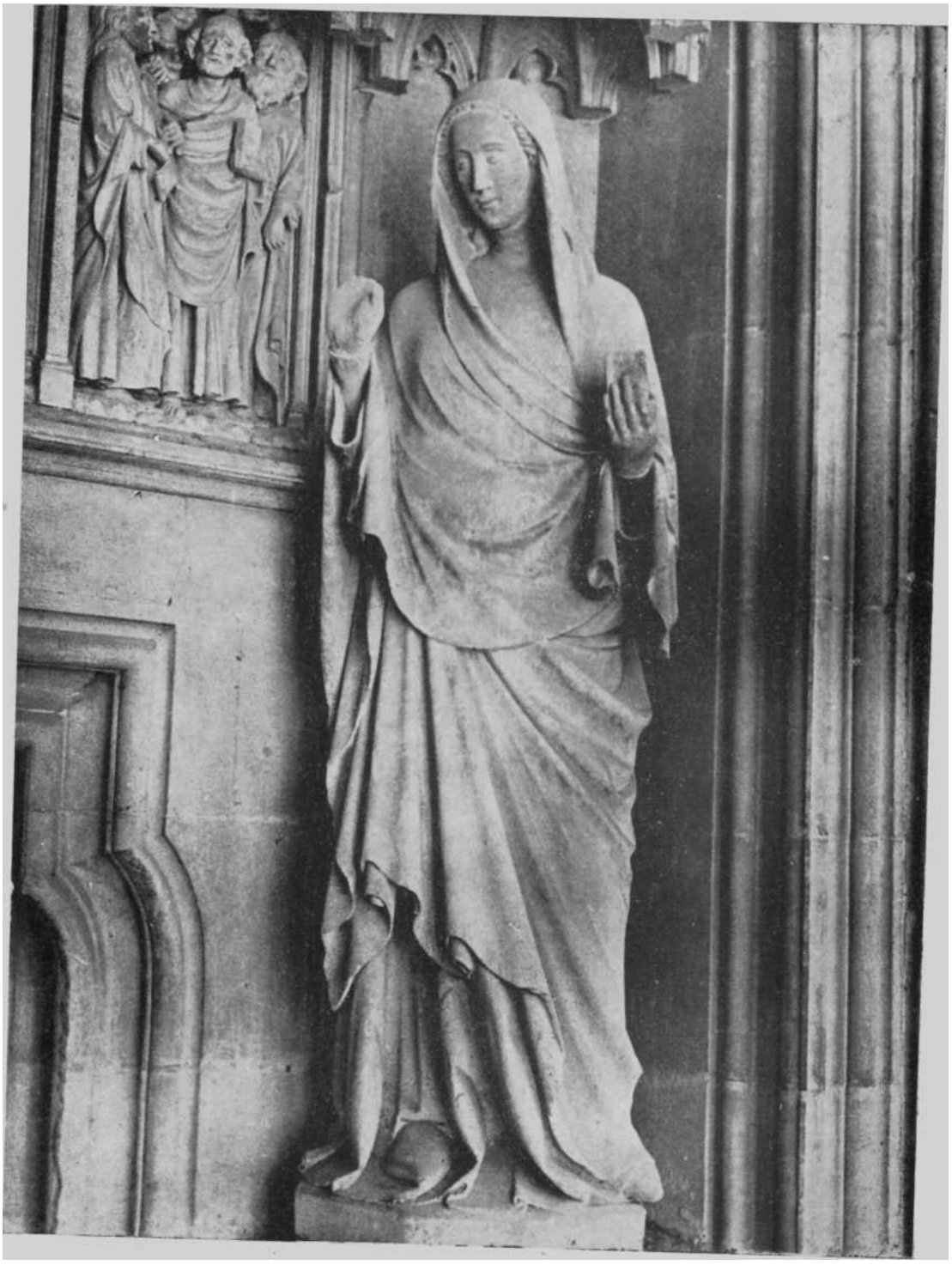
Esquema indicando la distribución de las escenas en el tímpano

(Véase página 255.)



Catedral de Pamplona.—Puerta Preciosa

Foto Archivo J. E. Uranga

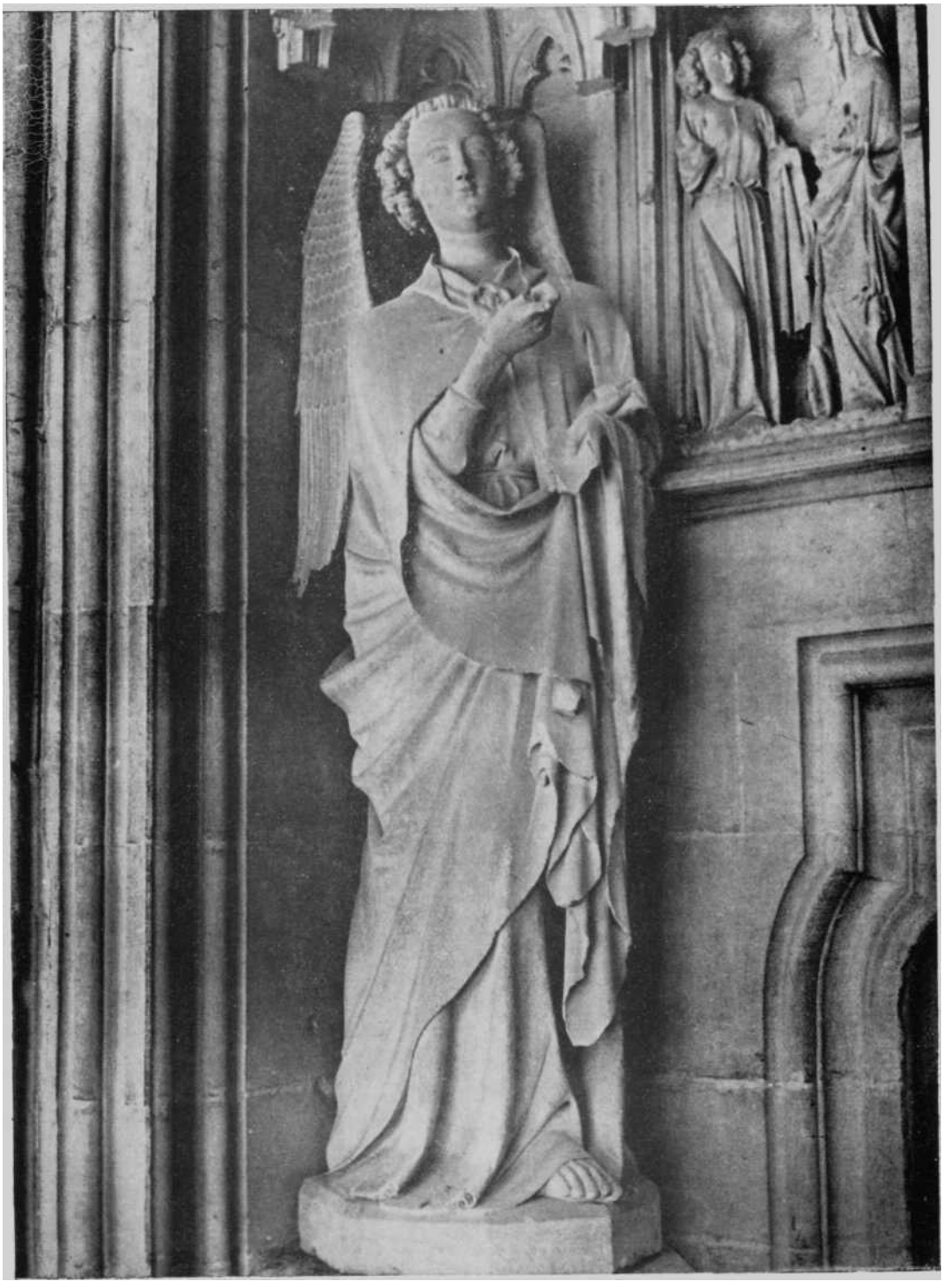


Puerta Preciosa. —Virgen de la Anunciación

Foto Archivo J. E. Uranga

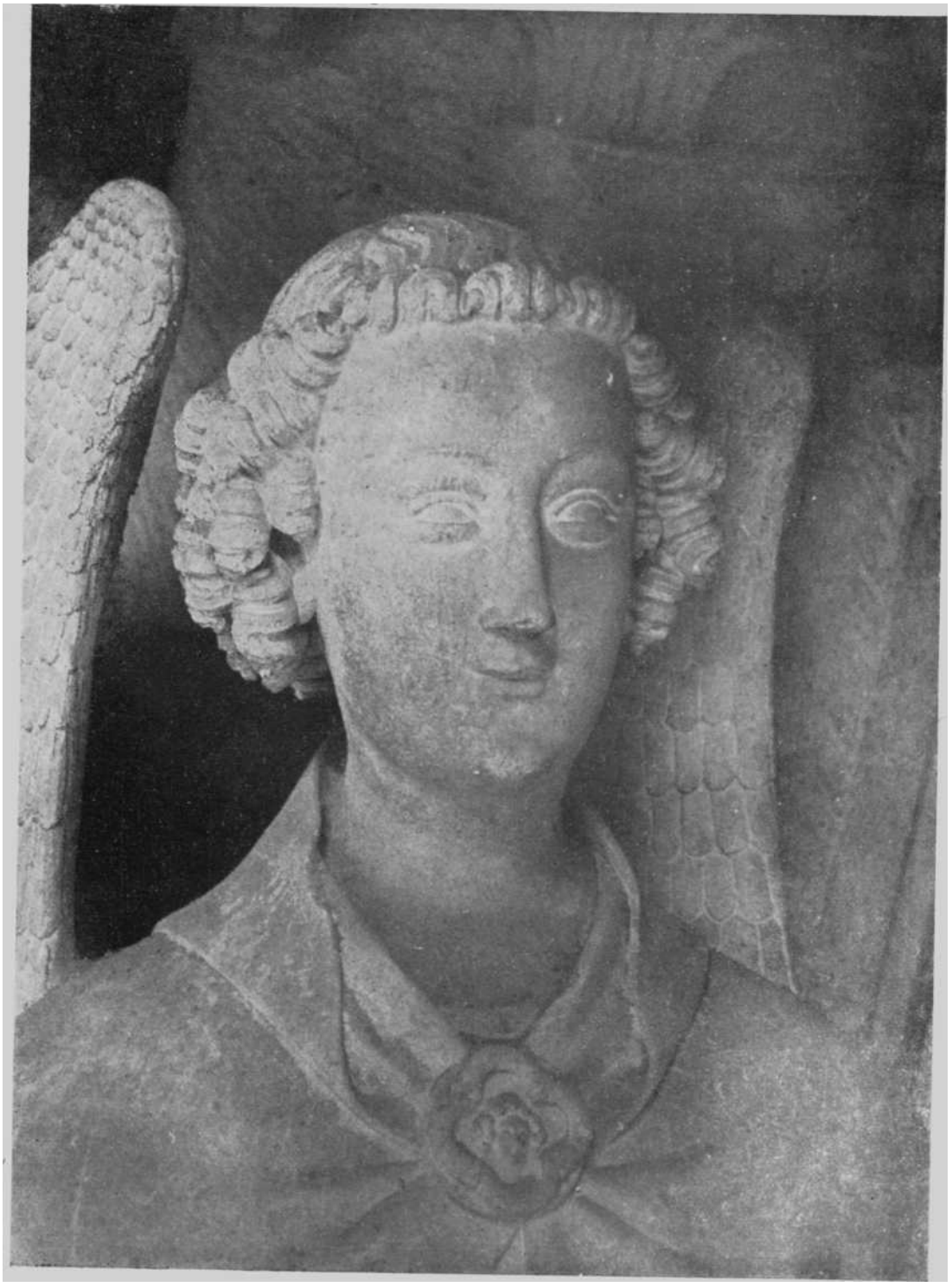
Puerta Preciosa.—Detalle de la Virgen de la Anunciación

Foto Archivo J. E. Uranga



Puerta Preciosa.—Angel de la Anunciación

Foto Archivo J. E. Uranga

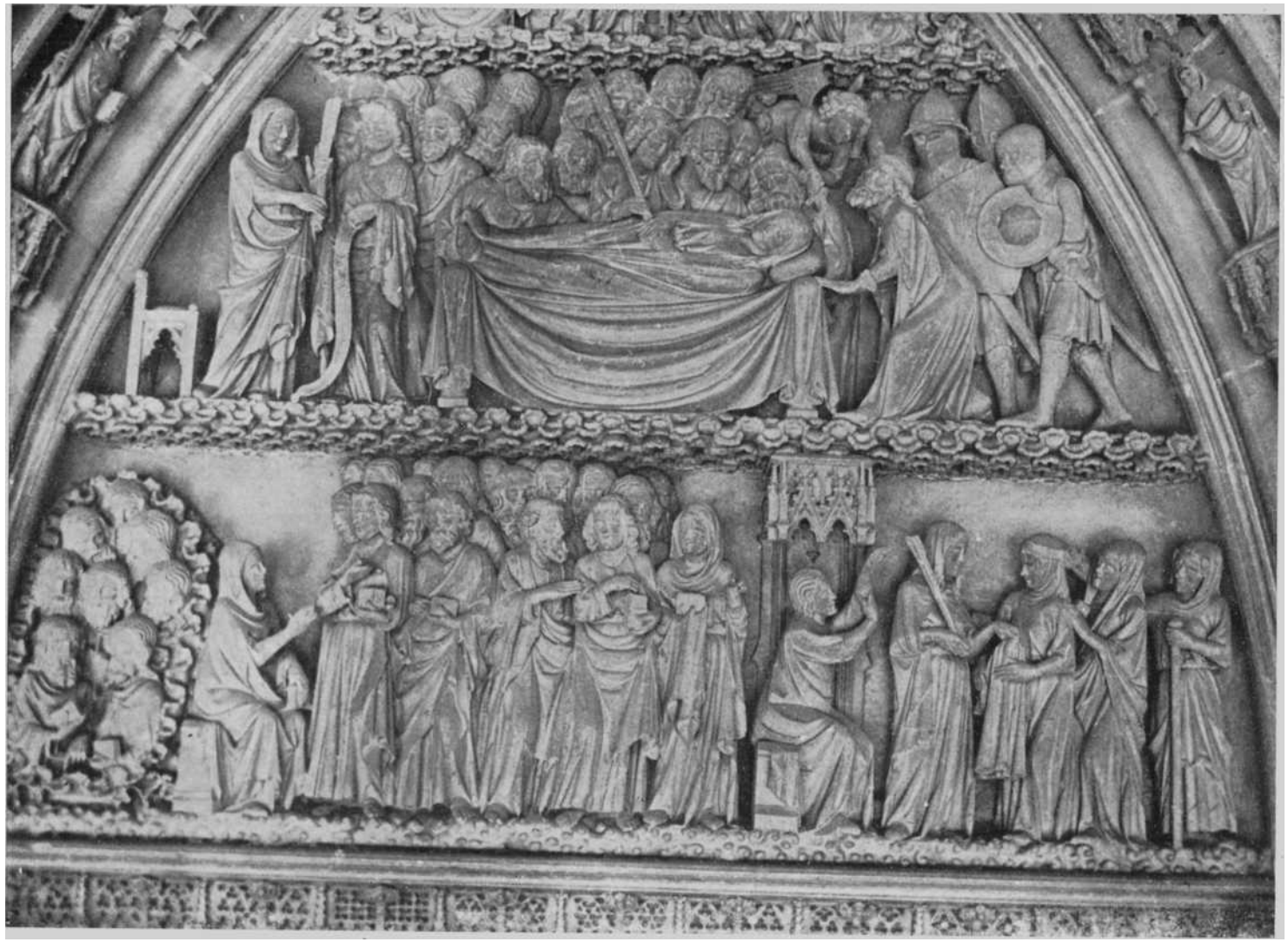


Puerta Preciosa.—Detalle del ángel de la Anunciación

Foto Archivo J. E. Uranga

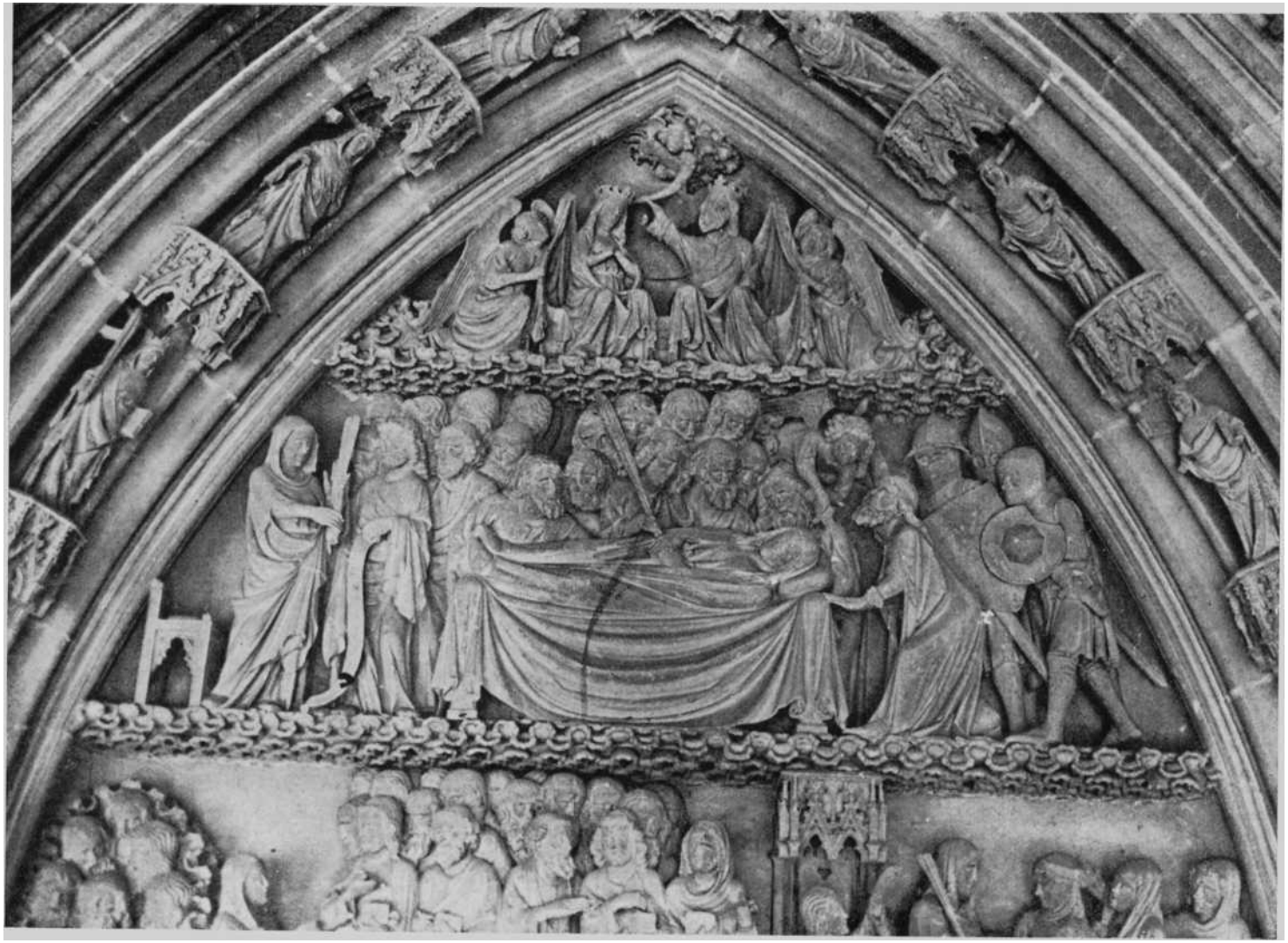
Puerta Preciosa.—Detalle de una arquivolta

Foto Archivo J. E. Uranga



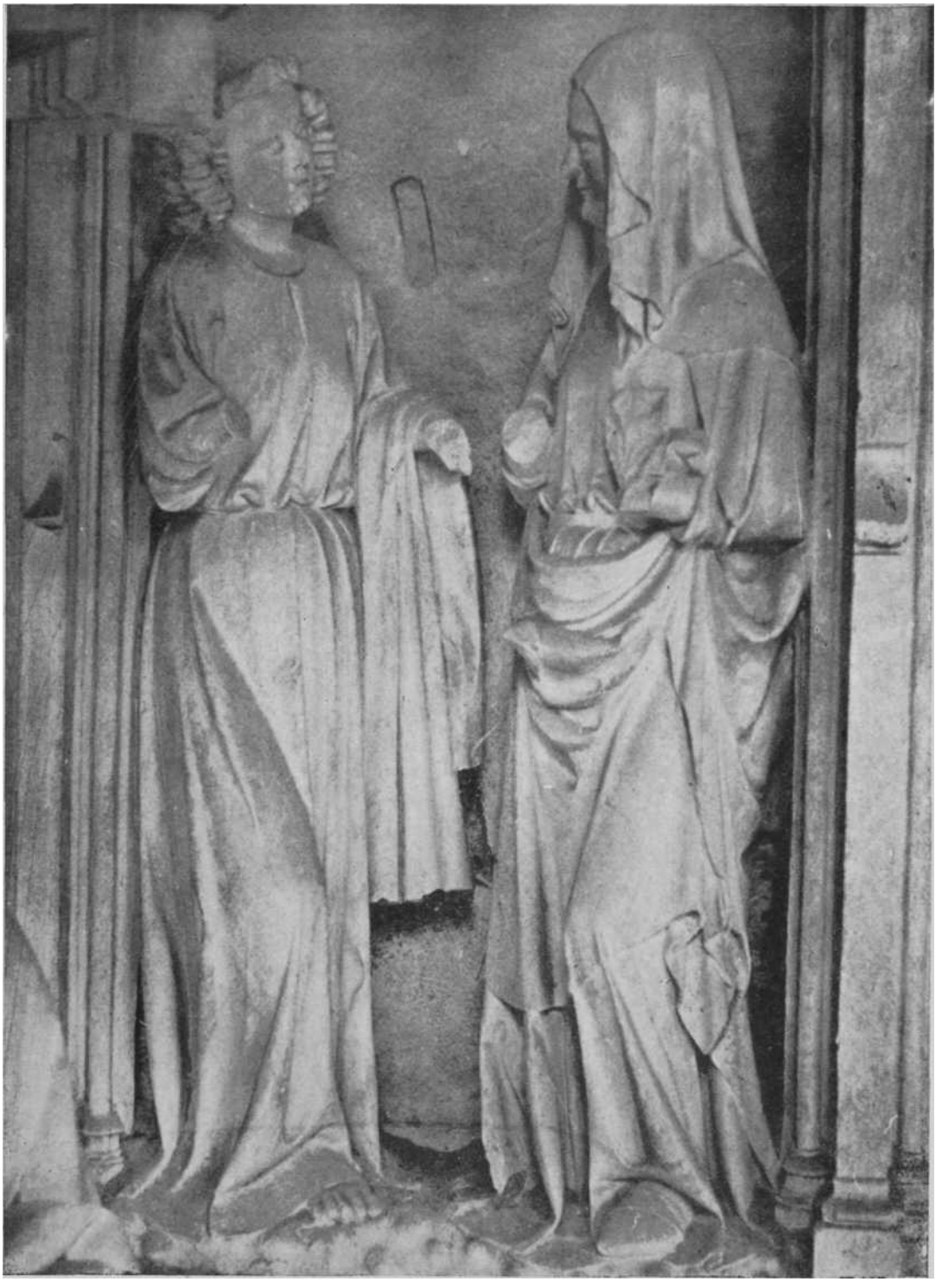
Catedral de Pamplona.—Puerta Preciosa. Detalle del tímpano

Foto Archivo J. E. Uranga



Catedral de Pamplona. - Puerta Preciosa. Detalle del tímpano

Foto Archivo J. E. Uranga



Puerta Preciosa. (1) El Angel entrega la palma a la Virgen y le anuncia su próximo tránsito

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa.—(2) La Virgen participa su próxima muerte a sus allegados

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa.- (3) San Juan llega en una nube a presencia de la Virgen

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa—**(4)** La Virgen muestra a San Juan su mortaja

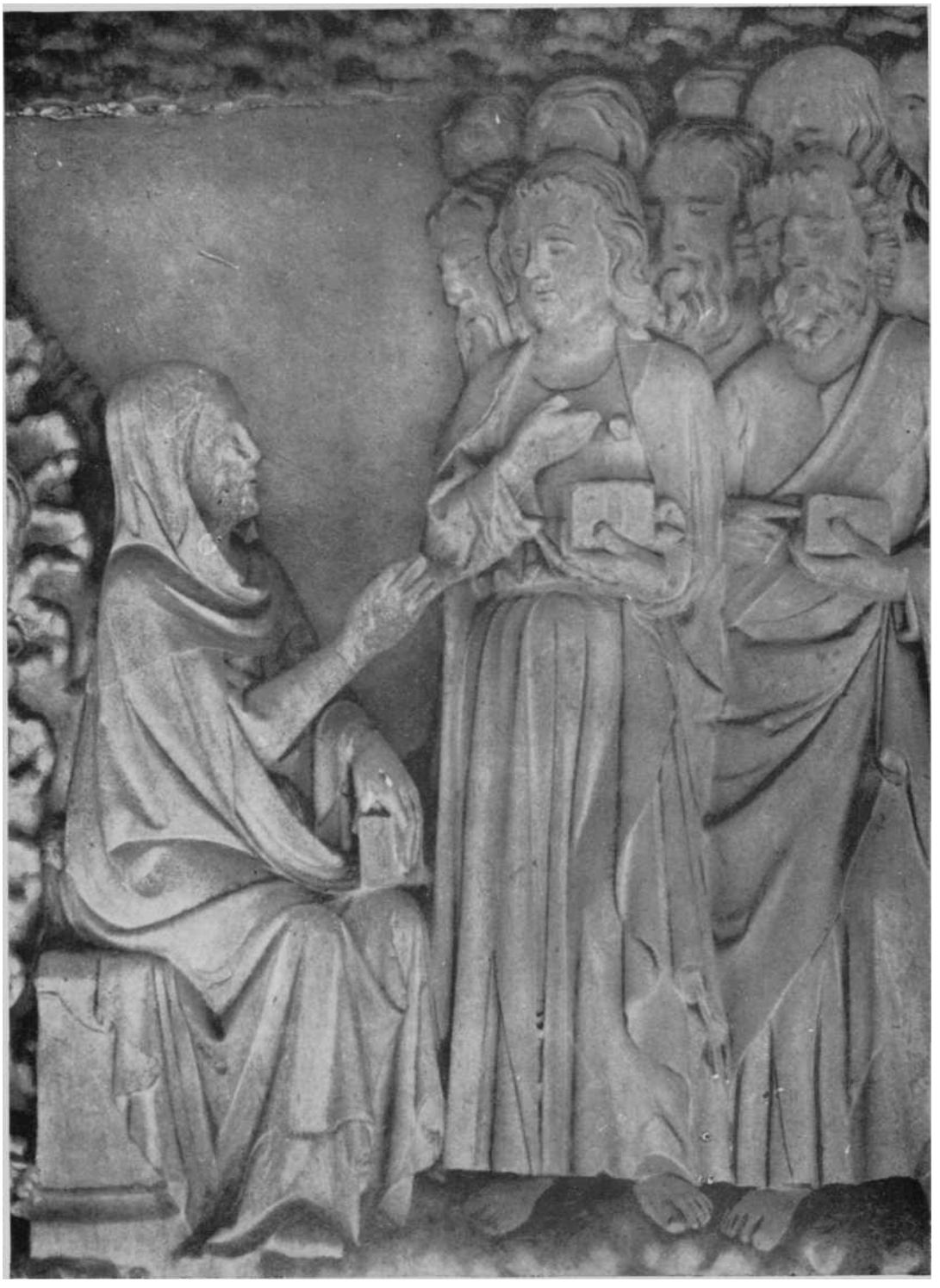
Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa—(5) San Juan recibe a otros apóstoles a su llegada

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa—(6) Apóstoles llegando en una nube

Foto Archivo J. E. Uranga

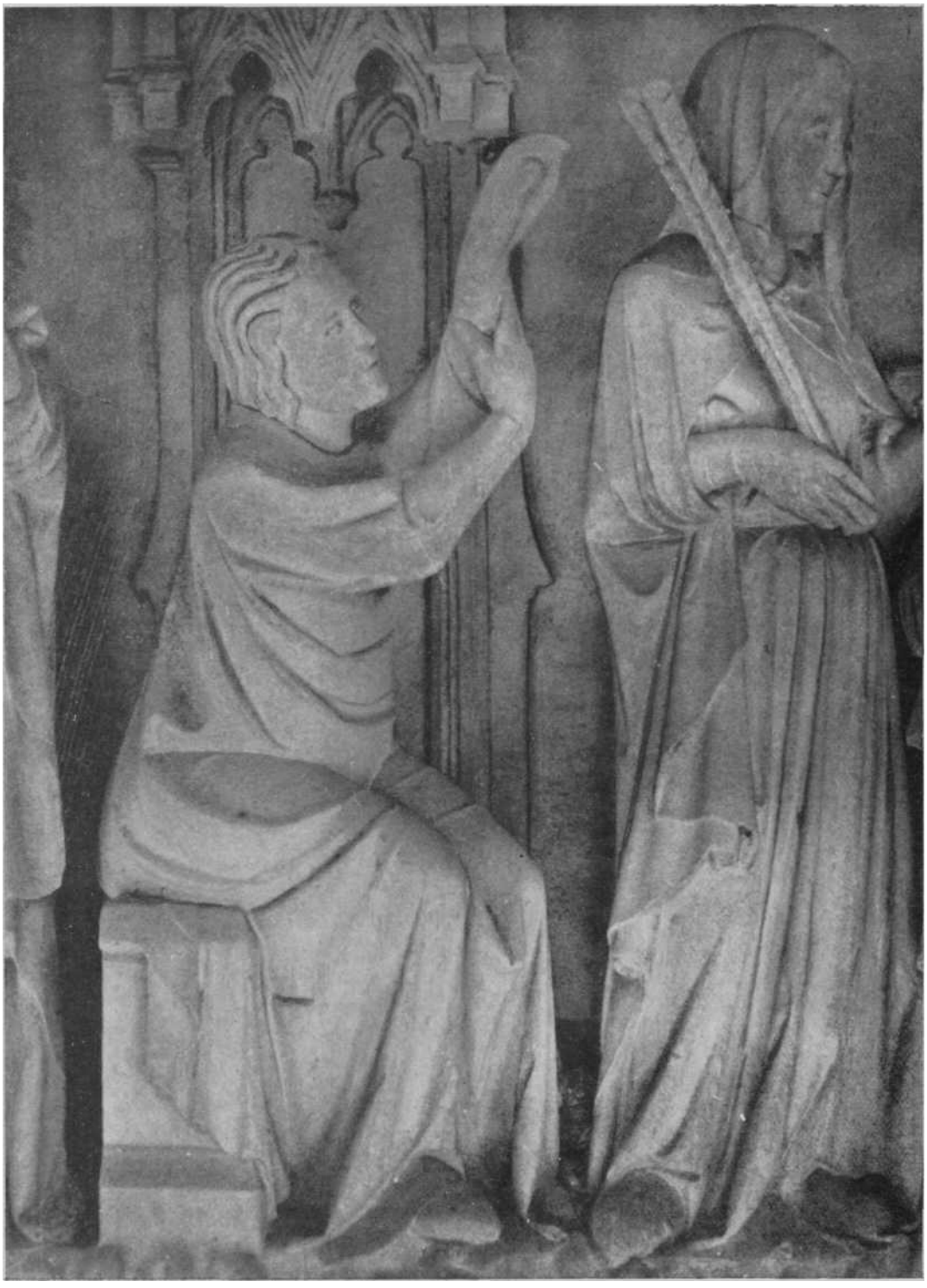


Puerta preciosa.—(7) La Virgen conversa con los apóstoles

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa.—(8) La Virgen conduce a los apóstoles a su cámara

Foto Archivo J. E. Uranga



Puerta Preciosa.—(9) La Virgen entrega su mortaja ? Detalle

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa —La Virgen entrega su mortaja ? Detalle

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa. - (9) La Virgen entrega su mortaja ? Detalle

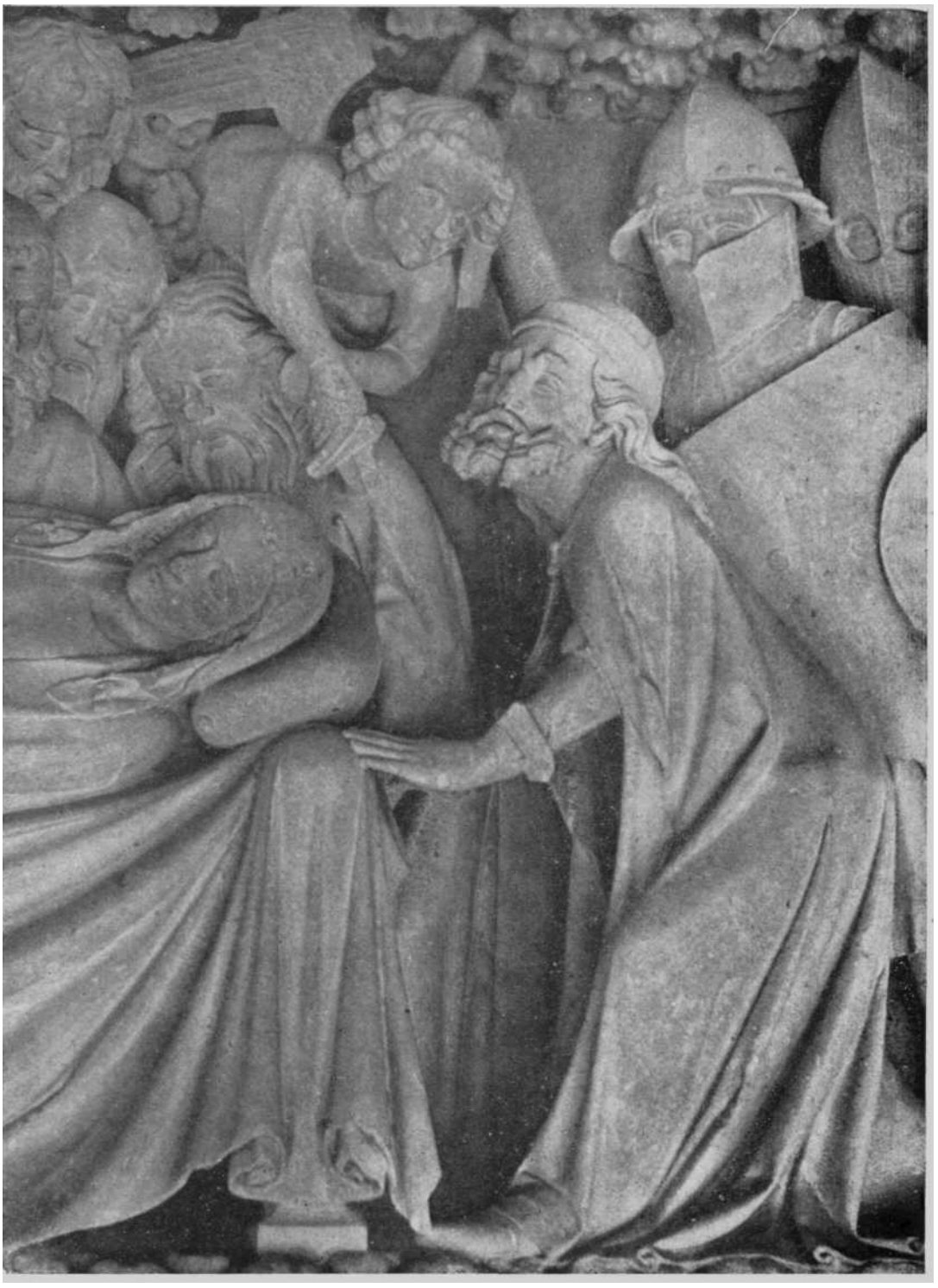
Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa—(10) La Virgen entrega la palma a San Juan

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa. — (11) Entierro de la Virgen. Detalle

Foto Archivo J. F Uranga



Puerta Preciosa—(11) Entierro de la Virgen e intento de profanación por las judíos. Detalle

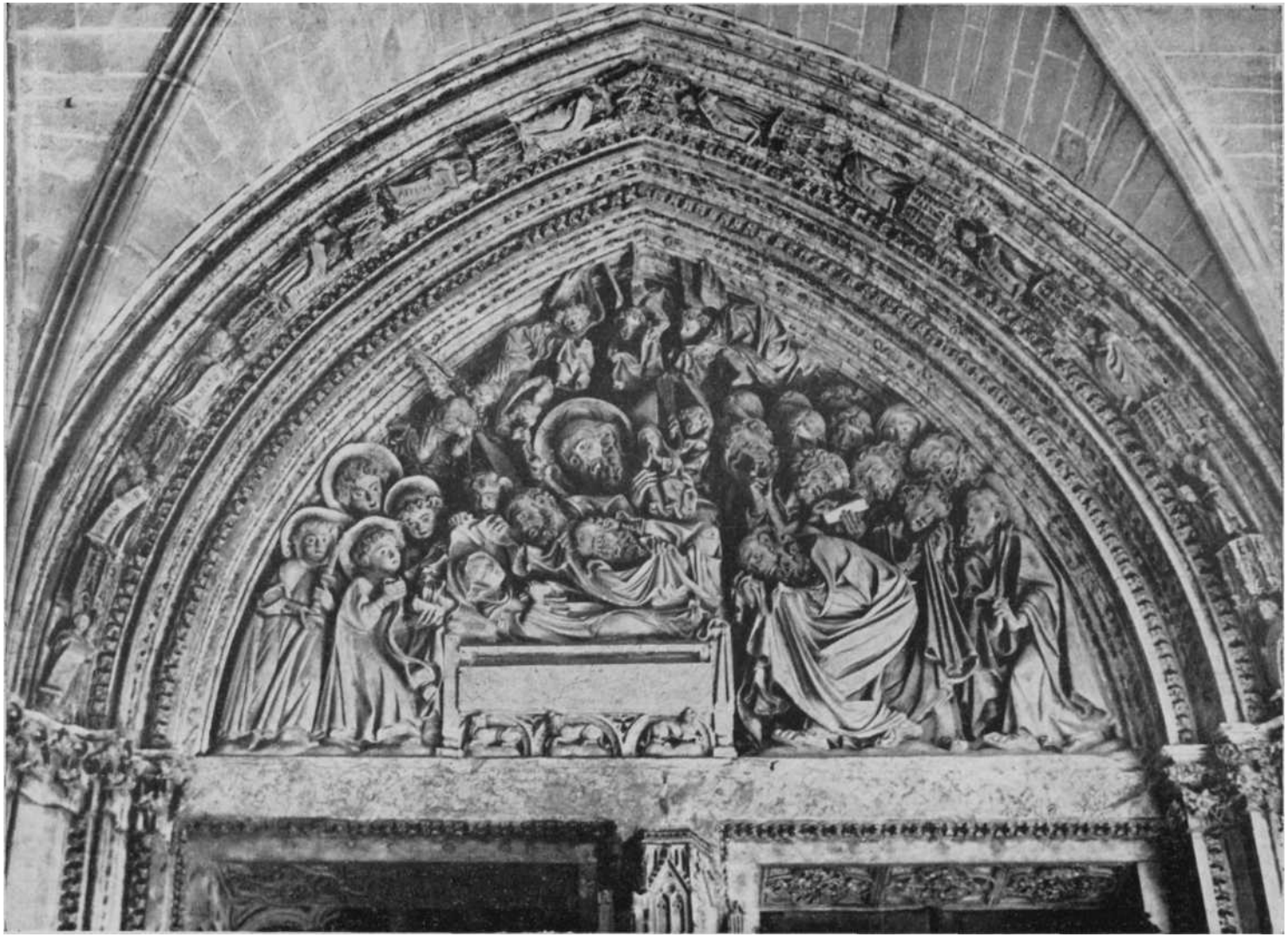
Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa. (11) Entierro de la Virgen e intento de profanación por los judíos. Detalle

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta Preciosa- (12) Coronación de la Virgen

Foto Archivo J. E. Uranga



Catedral de Pamplona.—Tímpano de la puerta que da acceso a la iglesia desde el claustro. La Dormición de la Virgen

Foto Archivo J. E. Uranga

Claustro de la Catedral de Pamplona.—Puerta a la iglesia. Detalle del tímpano. Jesucristo con el alma de la Virgen

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta de la Dormición.—Detalle de la figura de la Virgen

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta de la Dormición—San Pedro y San Pablo cubren a la Virgen con el sudario.

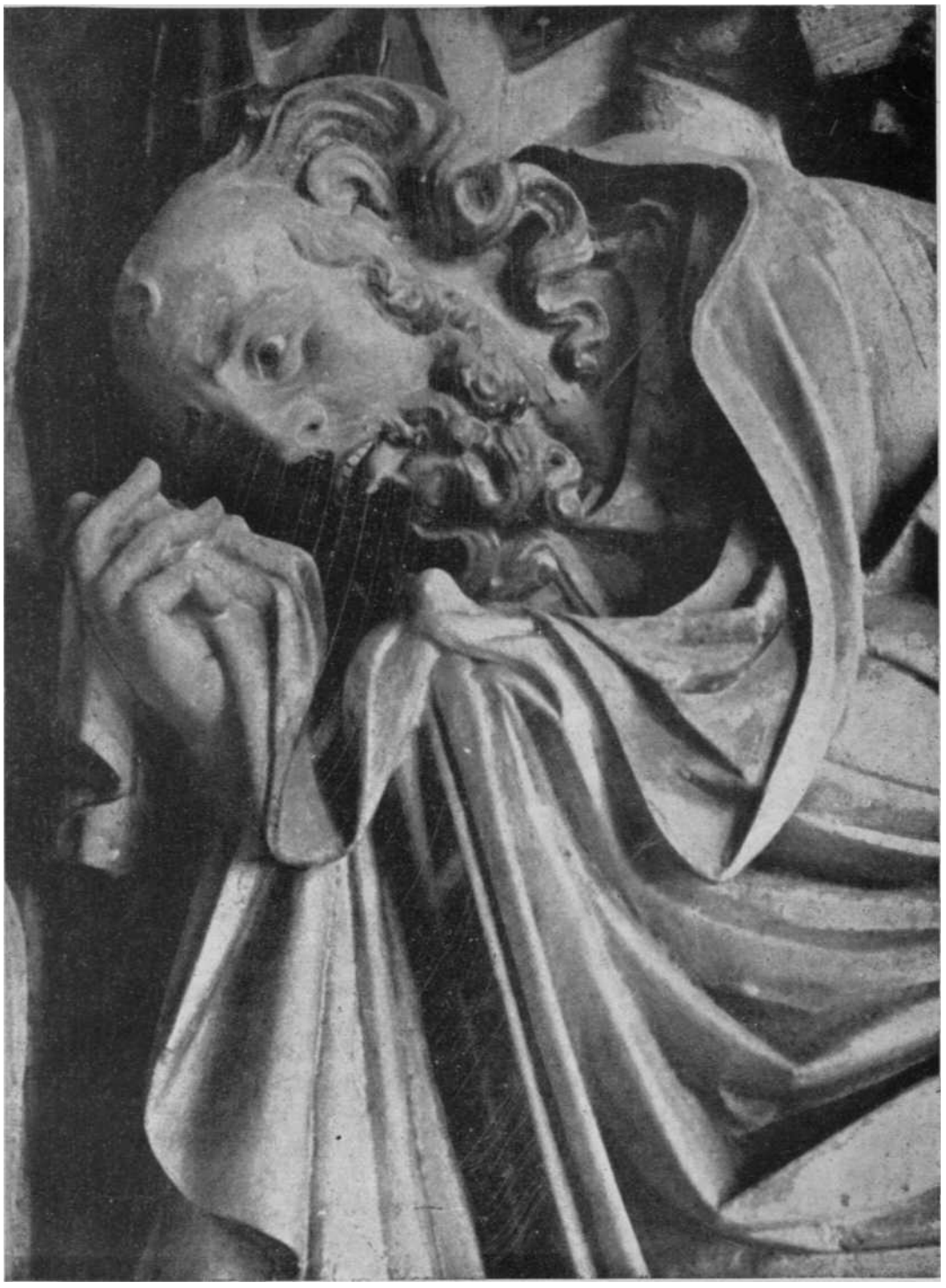
Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta de la Dormición—Detalle

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta de la Dormición Detalle. San Pablo

Poto Archivo J. E. Uranga



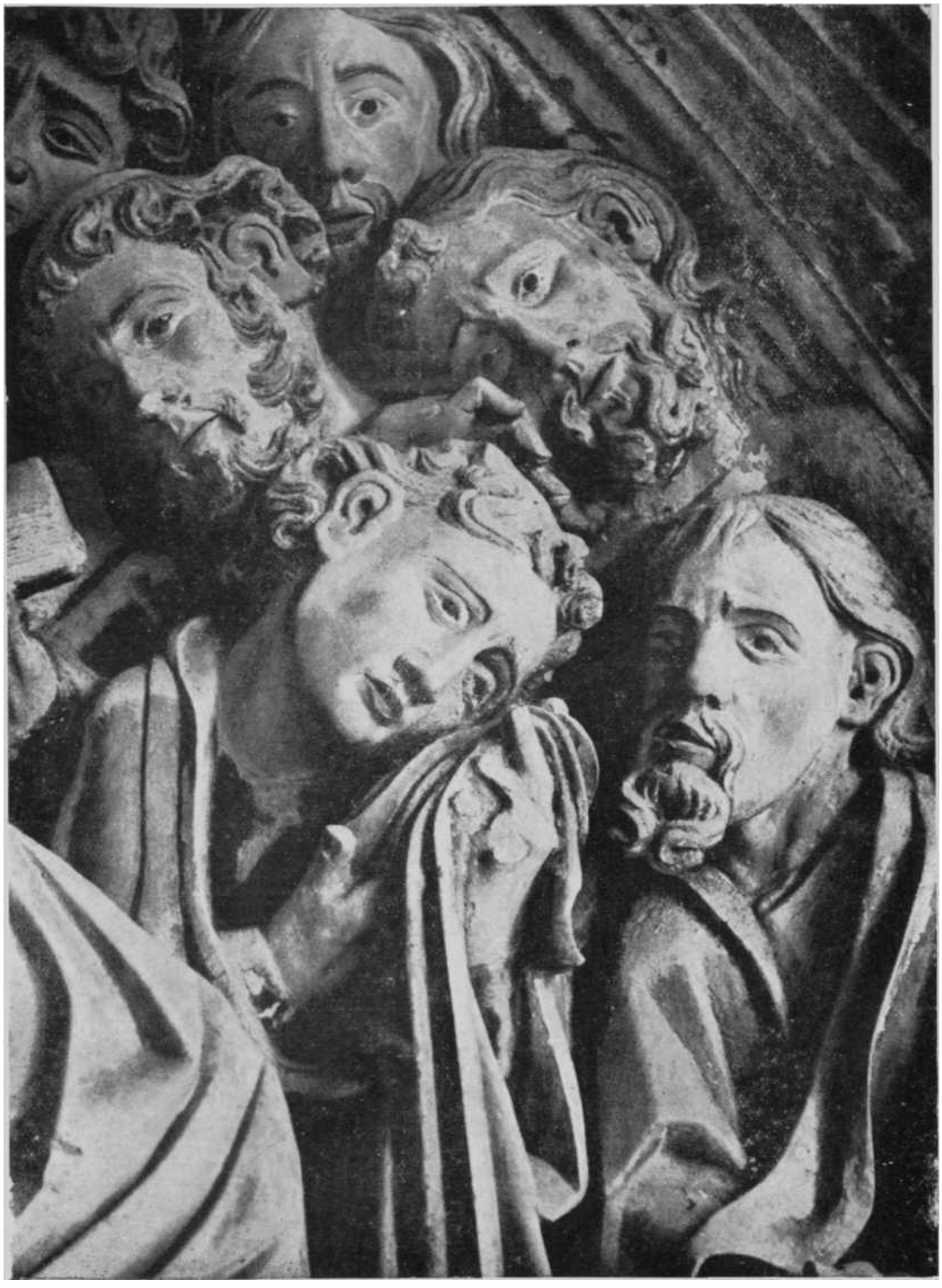
Puerta de la Dormición. —Detalle. San Pablo

Foto. Archivo J. E. Uranga

J

Puerta de la Dormición.—Detalle. Grupo de Apóstoles

Foto Archivo J. E. Uranga



Puerta de la Dormición.—Detalle Grupo de Apóstoles

Foto Archivo J. E. Uranga

Puerta de la Dormición.—Detalle. Grupo de ángeles

Foto Archivo J. E. Uranga